

Patrik Svensson

Un inmenso azul

El mar, el abismo y la
curiosidad humana

Traducción de Carolina Moreno Tena

Libros del Asteroide 

La canica azul

Nací el 7 de diciembre de 1972, al caer la tarde, más o menos a la misma hora a la que el sol, en esa estación del año y siguiendo su ritmo prefijado, se esconde tras el horizonte y la luz se transforma en oscuridad. Un niño crepuscular, si es que se puede ser algo así.

El 7 de diciembre de 1972 fue casualmente el mismo día en que los miembros de la última expedición a la Luna partieron hacia el cuerpo celeste formado hace cuatro mil millones de años en una violenta colisión entre la Tierra y un planeta desconocido.

Se trataba del *Apolo XVII*, que tres años y medio después del *Apolo XI* hacía el séptimo y último alunizaje tripulado (al menos hasta el momento). La tripulación la formaban el comandante Eugene Cernan y dos pilotos, Harrison Schmitt y Ronald Evans. En la misión participaban también cinco ratones vivos bautizados con los nombres de Fe, Fi, Fo, Fum y Phooey. Cuatro días después del lanzamiento, Cernan y Schmitt subían al *rover* y descendían a la superficie lunar mientras Evans y los ratones se quedaban orbitando alrededor del satélite. Hasta setenta y cinco vueltas llegarían a dar en las

ciento cuarenta y ocho horas que Cernan y Schmitt estuvieron en la Luna. Al cabo de más de una semana, todos, excepto Phooey, que no superó el viaje de vuelta, regresarían sanos y salvos a la Tierra.

Naturalmente, los habían mandado a todos como representantes de la superpotencia norteamericana, ebria de gloria, que veía en la conquista de la Luna una oportunidad para evidenciar su superioridad también en la Tierra. Pero al mismo tiempo, los tres astronautas representaban también otra cosa: el anhelo y la necesidad ancestral de ir más lejos. Partieron en esa misión porque era algo muy humano; porque sencillamente no podían evitarlo; porque es algo intrínseco a la naturaleza humana ir en busca de lo desconocido y seguir esa pulsión atávica que podemos describir simplemente como curiosidad.

Quizá esos tres astronautas sintieran el mismo deseo, tan difícil de explicar, que sintieron los polinesios mucho antes de nuestra era al poner rumbo al horizonte del océano Pacífico; o el de Leif Erikson cuando cruzó el Atlántico hacia América; o el de Fernando de Magallanes cuando navegó hacia el oeste para dar la vuelta a la Tierra y ser el primero en unirla por los cabos. Así es como ha sucedido a menudo a lo largo de la historia de los descubrimientos humanos: unos pocos parten con la idea de hacer el mundo un poco más grande y más pequeño a la vez, y también para darnos a los demás la oportunidad de aprender algo sobre nosotros mismos.

Pero entonces, en pleno 7 de diciembre de 1972, los tres astronautas estaban ocupados haciendo fotografías. A medianoche habían dejado atrás la Tierra y la rampa

de lanzamiento en Florida y en ese momento se encontraban a unos cuarenta y cinco mil kilómetros de allí. En Estados Unidos era por la mañana temprano, lo que significaba la hora del almuerzo en el lugar donde mi madre estaba luchando con las contracciones. La nave cruzaba el espacio y, con el Sol a la espalda, los tres astronautas tenían una panorámica espectacular de su planeta, iluminado casi por completo. «Ya sé que no somos los primeros en señalarlo», dijo el comandante Eugene Cernan al centro de control en Houston, «pero nos gustaría confirmar que la Tierra es redonda».

Dicho esto, cogió la cámara, una Hasselblad, y los tres astronautas se la pasaron de mano en mano. Durante unos instantes, hicieron una serie de fotografías del globo terrestre que divisaban a los lejos. En cierto modo fue una especie de infracción del protocolo. Los astronautas lo tenían todo programado hasta el último segundo y ninguno de los tres debía hacer fotos en ese momento, ni siquiera estaba previsto que miraran por la ventanilla. Sin embargo, eso fue justamente lo que hicieron, y vieron algo muy reluciente y especial que les cautivó y de lo que no podían apartar la mirada. Como suele pasar a menudo en los momentos clave de la historia, fue más el instinto y la casualidad, y no la planificación, lo que dio pie a ese instante.

No se sabe quién de los tres hizo la fotografía que con el tiempo se volvería legendaria. Siguiendo el protocolo, la NASA la atribuyó a toda la tripulación. Pero en cualquier caso uno de ellos tomó la imagen que capturó la Tierra de la cual se estaban alejando —el lugar que solemos llamar nuestro hogar— de una manera que nadie, ni antes ni después, había logrado.

Yo suelo contar que esta fue mi primera fotografía, lo cual es mentira, claro, porque no nací hasta unas horas más tarde, pero sin embargo es una imagen que siempre me ha asombrado. En el centro aparece África, donde en su momento se originó la especie humana. A su alrededor, con una luz completamente nítida, se ve todo el globo esférico: las extensiones de hielo en torno a la Antártida, el Atlántico y el océano Índico que circundan el continente africano como una membrana protectora y, en el horizonte nordeste, Asia, que se extiende hacia el océano Pacífico. Es como si todo irradiara vida a la luz del sol y a la vez todo estuviera totalmente rodeado por la oscuridad sorda del espacio, una oscuridad tan densa y saturada que parece impenetrable. Lo que se ve es sencillamente una pequeña esfera de vida protegida por una fina capa de atmósfera y suspendida en una nada aparentemente inerte y eterna.

Según la NASA, el *Apolo XVII* fue la misión lunar tripulada más «productiva y tranquila» de todas. Eugene Cernan y Harrison Schmitt estuvieron en la Luna más tiempo que ninguno de sus predecesores, recorrieron más de treinta y cinco kilómetros por su superficie con su diminuto *rover* y recogieron más piedras, gravilla y materia que los astronautas de misiones anteriores. Pero lo más importante de lo que se llevaron a casa fue aquella fotografía, porque desde que se publicó por primera vez la Navidad de 1972 ha sido reproducida más veces que cualquier otra fotografía de la historia. Es una imagen que provoca muchos sentimientos, a menudo ternura y también humildad; una imagen que nos proporciona una cierta conciencia instintiva no solo de nuestra pequeñez en el universo, sino también de nuestra vulne-

rabilidad. Este planeta solitario y de un azul tan brillante rodeado por la oscuridad devoradora del espacio parece tan delicado...

Porque es sobre todo una especie de fragilidad lo que la gente ve en esa fotografía. Ven que la Tierra es delicada y finita y, con ello, que la vida también lo es. Por eso la imagen se convirtió muy pronto en un símbolo importante para la ecofilosofía, que en esa misma época estaba alentando el movimiento ecologista moderno. Fue una imagen que cambió radicalmente tanto la visión que los humanos teníamos de la Tierra como de nosotros mismos.

La fotografía se conoce habitualmente como «The Blue Marble», porque de hecho eso es lo que parece la Tierra en la imagen: una canica reluciente de color azul oscuro. Casi todo es azul. Casi todo es mar. Y cuando ves la fotografía por primera vez, aún hay otra impresión más: son los océanos azul oscuro lo que da a la Tierra su color, lo que le proporciona su rasgo distintivo así como su belleza; es el mar el que ha propiciado las condiciones necesarias para la vida en el planeta, desde la aparición del primer organismo unicelular hasta el ser humano que ha salido al espacio; es el mar lo que ha dado a nuestra canica azul oscuro la forma que tiene y es en el mar donde vemos la frágil vulnerabilidad que también es la nuestra. El astro que solemos llamar el nuestro es, de hecho, un planeta marino.

Yo crecí en una pequeña localidad de este planeta, en el noroeste de Escania. Un pueblo de poco más de mil habitantes rodeado de campos en todas direcciones. A lo lejos, un monte oscuro y boscoso se levantaba como una ola en el paisaje. A unos treinta kilómetros estaba el mar.

En el pueblo había una escuela y una fábrica no muy grande, un club de fútbol y una iglesia, una tienda de comestibles, una residencia de ancianos y poco más; pero había también una biblioteca, una pequeña biblioteca municipal con un bibliotecario que sabía exactamente en qué estante estaba cada volumen y que catalogaba todos los libros con unas fichas escritas a lápiz y ordenadas alfabéticamente en un fichero de cartón negro.

Mamá y yo íbamos a menudo. A ella siempre le había gustado leer, siempre había ido a la biblioteca. Había crecido en el pueblo, empezó a trabajar de muy joven y tuvo a su primer hijo, mi hermana mayor, con tan solo diecisiete años. Soñaba con ser bibliotecaria, pero nunca llegó a serlo. Trabajó en la residencia de ancianos, de cajera en la tienda y más adelante como niñera. Se vio obligada a adquirir un montón de habilidades desde muy joven para poder encontrar su lugar en el mundo, pero eran sobre todo habilidades prácticas. La lectura era otra cosa, un placer y un deseo, y eso fue también lo que me transmitió: el amor por los libros y las palabras.

Leíamos a Astrid Lindgren y a Tove Jansson, a Ulf Stark y a Roald Dahl, pero también montones de libros de divulgación. Libros sobre animales y pájaros, sobre historia y ciencias naturales, sobre la Antigüedad y el antiguo Egipto, sobre los vikingos y los indígenas norteamericanos, y sobre la época de los viajes de exploración.

Un día trajo de la biblioteca un libro sobre los peces del mar. Era una especie de enciclopedia con ilustraciones y descripciones breves y sintéticas, y aparecían tibu-

rones, rayas, morenas y barracudas. Fue mi primer contacto con la gran variedad de seres vivos que se esconden en el mar.

Yo quedé como poseído por ese libro y, como aún no sabía leer, fue mamá quien me lo leyó. Leía las descripciones breves con voz paciente, el nombre, la especie, el tamaño, el peso, el comportamiento. Leía sobre atunes y caballas, bacalaos y rapés; sobre tiburones enormes que nadaban como sonámbulos con la mirada fija, espectral, a través del azul; sobre peces que volaban como pájaros por encima del manto de agua, sobre especies que nunca veían la luz del día y se movían como fantasmas ciegos en las profundidades negro azabache.

Mamá era buena leyendo y yo miraba las ilustraciones y la escuchaba atento, ansioso. Todo me resultaba asombrosamente extraño, no solo esos peces tan singulares, sino también el mar en sí mismo. Por primera vez el océano despertaba en mí una emoción sensorial, algo casi físico.

Cada vez que llegábamos a la última página convencía a mamá para que empezara de nuevo desde el principio, y cada vez que caducaba el préstamo íbamos a la biblioteca a renovarlo. Fueron tantas las veces que me leyó el libro sobre el mar que al final, por razones comprensibles, se hartó de él. Un día, sentada en el sofá de la sala de estar, conmigo impaciente y acurrucado a su lado, cerró el libro con un suspiro, se ajustó las gafas sobre el puente de la nariz y dijo: «Tenemos que leer otra cosa. ¿No podríamos leer otro libro, por favor?».

Fue entonces cuando, un poco molesto, abrí el libro sobre mis rodillas y empecé a hojearlo, y descubrí que podía relacionar los dibujos de los peces con las gráficas

que había debajo. De repente veía una pauta, era como si accediera al lenguaje a partir de algo que me resultaba lejano y desconocido, a través de unas extrañas criaturas que vivían en el fondo del océano. De repente sabía leer.

Quizá fue casualidad, pero naturalmente las casualidades también pueden dejar huella en nosotros. Al fin y al cabo fue mi madre quien no solo me transmitió el amor por los libros y la lectura, sino también el asombro por el mar, la fascinación por las criaturas que lo habitan e incluso por los seres humanos que han intentado explorarlo, cartografiarlo, entenderlo y someterlo. Fue mi madre quien despertó la curiosidad en mí. Este libro es para ella.

El ritmo universal

Piensa en una planta que siga al sol. Hay muchísimas. Piensa en una mimosa, por ejemplo, que al amanecer se despliega, abre las hojas y levanta sus flores hacia el astro, y que durante el día va girando y siguiendo el curso del sol en el cielo.

¿Por qué lo hace?

Suponemos que sigue los rayos del sol, que se trata de una especie de reacción mecánica a un estímulo externo. Aparentemente es justo eso lo que sucede. Una planta no solo no tiene calendario ni reloj, tampoco tiene consciencia. Sus movimientos apenas pueden describirse como acciones, sino más bien como reacciones. Las plantas necesitan la luz solar para sobrevivir, y por eso han desarrollado un método que les permite capturar tanta como les sea posible. De algún modo notan cuando los rayos del sol tocan la superficie de las hojas y reaccionan con un movimiento. Despiertan.

Es evidente que cuando digo que las plantas «despiertan» estoy personificando lo que sucede en la realidad. El sueño es por definición un estado de la consciencia y, por tanto, presupone como mínimo alguna forma

de consciencia. Quien «despierta» pasa de un estado de consciencia a otro, y quizá este no sea exactamente el caso de las plantas. Pero si aun así decidimos utilizar esta expresión, la lógica nos dice que en cualquier caso las plantas necesitan a alguien o algo que las «despierte». Tiene que ser la luz del sol o cualquier otra influencia externa lo que les diga que ya es hora de levantarse. A las plantas hay que sacarlas de la cama.

El tema de los movimientos de las plantas ha cautivado a la humanidad durante miles de años. A base de estudiar cómo se mueven y cómo reaccionan a su entorno, cómo se *comportan*, si se quiere, nos hemos tenido que plantear también la pregunta de qué *son* las plantas en realidad. A mediados del siglo IV antes de nuestra era, Aristóteles categorizó todos los seres vivos a partir de la clase de alma que poseían. A su parecer, todo lo que está vivo tiene alma, pero el alma se define por diferentes facultades que son las que la distinguen claramente. El ser humano es el único ser que, aparte de otras facultades, también posee la de pensar, la razón. El resto de animales solo tienen la facultad de sentir, la posibilidad de captar el mundo a través de los sentidos. Las plantas, por su parte, según Aristóteles, únicamente gozan de la facultad más básica de todas, es decir, la de nutrirse, crecer y reproducirse.

Tan solo unos años después de que Aristóteles formulara su teoría, el científico macedonio Andróstenes fue el primero en definir cómo determinadas plantas parecían moverse para seguir la luz del sol. Estaba explorando la península arábiga por encargo de Alejandro Magno cuando, en la isla del golfo Pérsico que hoy día llamamos Baréin, quedó asombrado mirando un tama-

rindo cuyas hojas cambiaban de posición a lo largo de la jornada. De día se extendían en horizontal en dirección al sol y por la noche caían hacia el suelo como si reposaran.

El comportamiento del tamarindo situaba a los que defendían la teoría de Aristóteles ante un problema. Los movimientos del árbol parecían implicar que las plantas tenían una facultad que no les correspondía, la de percibir mediante alguna clase de sentido los cambios físicos que se producían cerca de ellas.

El problema seguiría desconcertando a la ciencia hasta bien entrada la Ilustración. Linneo estaba tan fascinado por el movimiento de las plantas que dibujó una especie de reloj floral que daba la hora en función de los movimientos de las flores y las hojas de las plantas distribuidas en la esfera. Con el tiempo, Charles Darwin escribiría todo un libro sobre el tema, *The Power of Movement in Plants*, publicado en 1880, en el cual explicaba los movimientos de las plantas a través de la teoría de la evolución y la selección natural.

Es una fascinación fácil de comprender. Los movimientos de las plantas nos conducen a cuestiones que afectan a lo más esencial de nuestra existencia: ¿Cómo experimentan otras formas de vida el mundo que les rodea? ¿Qué es en realidad la consciencia? ¿Las plantas también tienen una vida interior?

Sin embargo, durante largo tiempo fueron muchos los que sostenían que los movimientos de las plantas no eran más que reacciones mecánicas a un estímulo externo. Muchos biólogos y botánicos explicaban el fenómeno según la teoría de que la luz solar secaba las hojas con el calor y eso provocaba que se encogieran y cam-

biaran de forma y de posición. Pero no fue ni un biólogo ni un botánico quien finalmente realizó el experimento que daría un vuelco al asunto.

El francés Jean-Jacques d'Ortous de Mairan era, ante todo, geofísico y astrónomo, un científico muy respetado y en su época exitoso. Nacido en 1678 en Béziers, en el sudeste de Francia, perdió a su padre a los cuatro años y a su madre cuando tenía dieciséis, y unos años más tarde aterrizó en París, donde, solo y desarraigado, empezó una carrera científica que le llevaría hasta la Academia francesa de las Ciencias. En 1729 realizó el experimento, simple y muy racional, por el que sería recordado y que con el tiempo cambiaría nuestra visión no solo de las plantas, sino de todo ser vivo.

A De Mairan, como a tantos otros, le intrigaba que ciertas plantas se movieran para seguir el curso del sol, y por esa razón decidió coger una de ellas, una *Mimosa pudica*, y colocarla en una caja cerrada dentro de una habitación también cerrada. Alejada de los rayos del sol, un asombrado De Mairan pudo observar que la planta, a pesar de la oscuridad, abría y cerraba las hojas, se despertaba y se volvía a dormir. Cada día, más o menos en el momento en que salía el sol, la planta se desplegaba hacia un cielo inexistente, como si de hecho la luz solar no fuera necesaria para dirigir esos periodos alternados de actividad y reposo, como si más bien fuera algo interno lo que le indicara a la planta cuándo era hora de despertar y cuándo de echar un sueño.

Lo que De Mairan pudo demostrar fue que las plantas poseen una especie de reloj interno, un ritmo endógeno que se corresponde con la alternancia de día y noche y que les permite relacionarse con el mundo y sus cambios

regulares sin tener una experiencia directa con el exterior. La planta «sabe» cuándo sale el sol y cuándo se pone, cuándo es hora de dormir y cuándo de despertar, independientemente de si está en contacto con la luz solar o no. Sigue un ritmo que lleva dentro, un ritmo que, además, como si estuviera programado a propósito, coincide de forma exacta con el tiempo que tarda la Tierra en dar una vuelta sobre su eje.

Esta es una de las revelaciones más inspiradoras de la biología, y quizá por esa razón la ciencia tardó tanto en sacar conclusiones, tan evidentes por otro lado, del experimento de De Mairan. No fue hasta 1938, más de doscientos años después, cuando los investigadores norteamericanos Nathaniel Kleitman y Bruce Richardson realizaron el experimento que demostró que también los seres humanos tenemos un reloj interno. Durante treinta y dos días los dos científicos estuvieron aislados en una cueva profunda de Kentucky. Solos, sin luz natural, fueron anotando la temperatura corporal y los diferentes periodos de sueño y vigilia, y cuando al cabo de más de un mes salieron a la luz del sol tenían la certeza de que también los humanos, exactamente igual que la planta de De Mairan, nos guiamos por el mismo cálculo endógeno del tiempo. Durante el periodo transcurrido en la cueva, a oscuras, sin ninguna influencia del exterior, su ciclo de sueño y vigilia había seguido más o menos la misma pauta de siempre: quince horas de vigilia y nueve horas de sueño, a la misma hora y al parecer según el mismo ritmo prefijado.

A este ritmo interno se le llamó ritmo circadiano y, como se ha demostrado, no es exclusivo de los seres humanos y determinadas plantas. Todo ser vivo, tanto

del reino vegetal como animal, así como los organismos unicelulares, tiene un reloj interno que dirige los periodos de actividad y de reposo y también una larga serie de procesos biológicos. Todos estamos atados a este ritmo temporal determinado por la rotación de la Tierra. Algo le dice a la flor, al animal o al microorganismo cuándo es hora de estar activo y cuándo pasivo, cuándo toca despertar y cuándo dormirse. Algo que, huelga decir, no puede llamarse consciencia, pero tampoco únicamente reacción mecánica a un estímulo externo.

Porque todo ser vivo duerme. Todos los organismos vivientes tienen diferentes periodos de actividad y de descanso parecidos a la vigilia y el sueño. Incluso los insectos, los moluscos, los gusanos y las amebas. Durante mucho tiempo se creyó que los tiburones no dormían porque estaban en constante movimiento, pero ellos también tienen estados más o menos activos. El hecho de que no paren de nadar se debe sencillamente a que carecen de vejiga natatoria, por lo que podrían irse al fondo del mar si se detuvieran. Nadan y duermen a la vez, como una especie de sonámbulos fantasmagóricos con la mirada fija.

Los cetáceos duermen a pesar de que sus características anatómicas en realidad no se lo permiten. Para un cachalote o un delfín cada respiración es de hecho un acto consciente y activo. A diferencia, por ejemplo, del corazón, que late mediante una contracción muscular independientemente de que lo quieran o no, tanto si son conscientes de ella como si no, para los cetáceos cada respiración es el resultado de una orden consciente del cerebro, lo cual significa que, si pierden la consciencia

—si se les anestesia, por ejemplo—, sencillamente dejan de respirar.

Y aun así duermen, porque la evolución les ha dotado de una facultad muy especial que les permite poner en reposo un hemisferio cerebral cada vez. Mientras una mitad del cerebro se duerme y sueña, la otra mitad está despierta vigilando los peligros y la respiración. Al cabo de unas horas se produce el cambio de guardia y el cetáceo deja que las dos mitades se intercambien los roles, les permite que se den los buenos días y las buenas noches y sigue nadando por el océano con su doble estado de consciencia.

Las necesidades de luz y de oscuridad pueden ser distintas. Existen organismos con ritmos biológicos diurnos y otros nocturnos. El tiempo que duerme cada ser difiere mucho. Hasta cierto punto esto tiene que ver con el tamaño del cuerpo en relación con la complejidad del cerebro, pero las variaciones y las excepciones parecen abundar más que las reglas. Los elefantes duermen solo unas cuatro horas al día, mientras que los tigres pueden llegar a dormir profundamente hasta quince horas. Algunos murciélagos pueden dormir diecinueve horas, mientras que el degú se contenta con siete. La zarigüeya se permite dormir dieciocho horas diarias, mientras que una vulgar rata común, de tamaño similar, se apaña con la mitad. Las diferentes formas de vida pueden preferir lo uno o lo otro, la noche o el día, la actividad o el reposo, pero todas establecen su ritmo según el mismo criterio. Y es la rotación de la Tierra la que determina ese ritmo.

Para quien reconoce la existencia de un universo complejo que tolera un cierto grado de individualidad puede

ser liberador saber que este ritmo universal es *casi* exacto. El margen de error está inscrito en el propio nombre: circadiano significa literalmente «cerca de un día». Porque, a pesar de todo, el ritmo permite ciertas variaciones. La rotación de la Tierra sobre su eje marca el compás básico, pero a cada solista se le concede un espacio para la improvisación.

El ritmo circadiano de los animales pequeños, por ejemplo, a menudo es distinto que el de los animales más grandes. Para un ratón o para un conejo el día dura un poco menos de veinticuatro horas. Por su parte, el día de un ser humano suele durar algo más, siendo por lo general más largo el de una persona joven que el de una persona mayor. Así, los diferentes organismos incluyen sus propias síncopas en el ritmo común, equilibrando las variaciones individuales con la uniformidad de la masa, que es como siempre se ha logrado el éxito de cualquier esfuerzo colectivo.

Todos los organismos, todos los seres vivos de la Tierra, se duermen y se despiertan siguiendo un único ritmo básico, un ritmo que por lo visto coincide de forma más o menos exacta con el tiempo que tarda la Tierra en rotar una vez sobre su propio eje. Todos los seres vivos están sincronizados con este ritmo, con el curso del sol en el cielo, con un tempo que parece que se decidió ya en el mismo instante de la creación. Y hay en ello una armonía, una íntima consonancia en la forma en que todos estamos biológicamente ligados a lo que de forma ineludible compartimos: este lugar en el que estamos, nuestro hogar. Como si el propio tiempo lo marcaran las pulsaciones lentas, sincronizadas, que resuenan en cada forma de vida. Como si fuera justamente esto lo

que a fin de cuentas y a pesar de todo tuviéramos en común: un ritmo que nos mece a todos a un mismo compás.

¿Podríamos imaginarnos ese ritmo como si fuera música? ¿Es este compás al que todos nos movemos un compás musical?

Para responder a esta pregunta quizá no deberíamos recurrir a la ciencia, sino a alguien que conozca y entienda de ritmos.

La primavera de 2017 fui a visitar al artista de blues y reggae Peps Persson a su casa, situada en un bosque al norte de Escania. Iba a entrevistarle con motivo de un premio que le habían concedido. Tenía entonces setenta años, había nacido seis meses antes que mi padre, y hacía bastante tiempo que vivía retirado de la esfera pública. Yo era un manojo de nervios por varias razones.

Mis padres adoraban a Peps Persson. No teníamos muchos discos en casa, una decena como mucho, pero teníamos los de Peps. Recuerdo especialmente uno titulado *Cuatro fanegas al día*, un recopilatorio de viejas canciones populares de Escania versionadas con arreglos jamaicanos, africanos y americanos. En la portada aparecía un campesino sobre la plataforma de un remolque con las remolachas hasta las rodillas. A él se le ve a través de las púas de una horca como si fuera una reja, con un mono azul y gorra. Se parecía a mi abuelo. Yo me sabía la portada de memoria, hasta el mínimo detalle.

Y también las canciones, cantadas en un dialecto tan marcado que daba la sensación de ser un secreto com-

partido. Reconocía cada palabra, la lengua que hablaba hacía que me sintiera en casa.

Creo que mis padres se veían representados en Peps Persson. Era uno de ellos. No solo porque hablaba su misma lengua, sino por su forma de pensar y por la profundidad del vínculo que lo unía a su lugar en el mundo: el paisaje de Escania, la vieja sociedad campesina, una identidad obrera y una conciencia de clase tan evidentes que nunca hacía falta mencionarlo. Peps era nuestro, y todos necesitamos esa clase de personas, alguien que te ayude a interpretar y a definir el lugar que has escogido llamar tu casa.

La música, sin embargo, venía de otro lugar muy distinto. Los ritmos jamaicanos, los instrumentos de percusión africanos, sonidos que habían viajado desde el otro lado del mundo para reunirse con esas erres guturales y los diptongos suaves del dialecto de Escania.

¿Cómo lo hacía? ¿Cómo podía estar tan arraigado y a la vez ser tan viajero? ¿Cómo había encontrado lo que unía esos mundos aparentemente tan distintos e irreconciliables en esencia?

No habíamos coincidido nunca antes, yo solo tenía una vaga idea sobre su persona, pero en cualquier caso ahí estaba, en casa de Peps Persson. Sobre la hierba había un abedul enorme tumbado por una tormenta unos años antes, y sus raíces se erigían hacia el cielo alcanzando como mínimo la altura de una persona. Justo al lado había un granero viejo, construido hacía mucho tiempo con tablas de madera rojas ahora ya agrietadas y desteñidas. En el interior del granero había un estudio, una habitación con un viejo piano maltrecho y una batería, un par de amplificadores y varios atriles.